

Colección Robert Byron, 5
ROBERT BYRON. HISTORIA DE UNA AMISTAD

© De los textos: Herederos de Christopher Sykes
© Título original: Extraído de la obra *Four studies in loyalty*, Chapter. III: Robert Byron and Christopher Sykes
© Fotografía de portadilla: Berit Wallenberg, a través del Swedish National Heritage Board, Flickr Commons
© Edition: Century Hutchinson Ltd. London, 1986
© De la traducción: José Jesús Fornieles Alférez

© Confluencias, 2017
www.editorialconfluencias.com

Corrección de pruebas: María del Mar Domínguez Álvarez
Diseño y producción: Rodrigo Sepúlveda Cebrián
Maquetación: María del Mar Espinosa Henares
Impreso en PODIPRINT, Antequera, España

ISBN: 978-84-946380-2-2
Depósito Legal: AL 1942-2016

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

ROBERT BYRON

Historia de una amistad



POR

CHRISTOPHER SYKES

TRADUCCIÓN

DE

José Jesús Fornieles Alférez



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

ÍNDICE

I.	OXFORD: FELICES AÑOS VEINTE	11
II.	GRECIA: SU PRIMER AMOR	21
III.	CAMBIO DE GUARDIA: LA INDIA	55
IV.	VIAJE A OXIANA	73
V.	ROBERT BYRON: PERSONALIDAD	101
VI.	ROBERT BYRON: CABALLERO	119

*¡El hombre que sabe, y que sabe que sabe,
es como si estuviera montado en un caballo
que pudiera superponerse al arco de los cielos!*

*El hombre que no sabe,
pero sabe que no sabe,
al final acabará llegando al mismo lugar
a borcajadas de su vacilante bestia de carga.*

HAFIZ

Calle Cornmarket y
la torre Saxon, Oxford,
Inglaterra 1929.



I

OXFORD: FELICES AÑOS VEINTE

Conocí a Byron en 1926, cuando estaba en mi primer año de universidad; él se había ido al terminar el semestre, poco antes de que yo llegara. Al contrario de lo que es costumbre en los colegios privados, el *old boy* (exalumno) no es un tipo familiar en la universidad; Oxford se considera a sí misma un mundo autosuficiente y cualquier sensación de considerarse un punto de partida hacia un mundo más grande fuera de sus paredes está notablemente ausente. Los *old boys* (la expresión no aparece en el argot de Oxford) son miembros de los *colleges* que se quedan durante el fin de semana, algo que no les añade prestigio. Hay, sin embargo, excepciones, y excepciones notables como lo fue el propio Robert, pues había pertenecido a un gran período de Oxford, el período que el no oxoniano *Punch* estuvo representando con popular inexactitud, durante años después de que hubiera acabado, como una ciudad poblada de estetas con la cabellera al viento en conflicto

permanente con exasperados atletas. Era, la verdad sea dicha, un Oxford bastante extravagante.

Numerosas aproximaciones se han hecho para evocar la fusión de las antiguas tradiciones con lo que estaba siendo una ultramodernidad, que alcanzaría su cenit a mediados de los años veinte y del que fue su *Arbiter Elegantiarum*, Harold Acton, y Robert Byron, uno de sus apóstoles. Pero la única descripción válida de esta época en la vida de esta Universidad se encuentra en los primeros capítulos de la novela de Evelyn Waugh, *Regreso a Brideshead*. La gente puede pensar que este libro no refleja con seriedad el panorama de este antiguo asiento de la sabiduría, pero la descripción es verdadera.

Pero con la misma rapidez con la cual este mundo de fantasía saltó a la vida desapareció, para que Oxford volviera a ser ese viejo y agradable lugar, único aunque monótono, que ha sido siempre. No obstante, la leyenda perduró. Y perduró no sólo por la repetición de los cuentos y de las sorprendentes historias que habían ocurrido sino, durante un tiempo determinado, a causa de un sobreviviente de aquellos luminosos años: William, el joven hermano de Harold Acton. Su habitación siempre se mantuvo desbordante de luz, solitaria, como una última llamarada de una pasada y extraordinaria conflagración. Cada sábado se deleitaba junto a un grupo de compañeros y celebridades durante un almuerzo con langostas y champán, antes de la caza semanal con perros; e incluso muchas tardes ofrecía muchos más entretenimientos ante un mayor número de amistades. Las antiguas generaciones de estudiantes de Oxford aparecían de vez en cuando y en la

habitación de William Acton se representaban los dramas humanos más extraños que se pueda uno imaginar: un exitoso renacimiento de la desaparecida era dorada. Y fue aquí, donde me encontré con famosas figuras del pasado gran Oxford, entre los que se cuenta el protagonista de este libro.

Robert cambió poco de aspecto durante toda su vida. Cuando lo vi por primera vez parecía mayor de su edad y al final de su vida, parecía más joven de la edad que tenía. Retengo por un instante entre mis recuerdos aquel primer encuentro, y no hallo apenas diferencia entre la figura de aquel joven hombre de 21 años y el amigo a quien dije adiós catorce años más tarde. Únicamente en un aspecto su figura era extraordinariamente mutable. Se hacía gordo o delgado con extrema rapidez. Si comía lo que le gustaba, en cuestión de días, engordaba; y si no, perdía peso inmediatamente. Me parece aún recordarle en una habitación atiborrada de amigos y atestada de humo, moderadamente gordo, no alto, con el pelo muy rubio y unos penetrantes ojos redondos, con una cara de distinción, como se muestra en los reyes Borbones, y una voz cuyas perezosas entonaciones nunca podían esconder la abundante vitalidad que había detrás y que, en algunas sutiles e imperceptibles provocaciones, podía romper en violentas salpicaduras de ingenio. Cuando alguien le dijo que yo era católico romano, masculló: «Oh, Dios», mitad con rudeza, mitad con guasa. «Pensaba que podíamos convertirnos en buenos amigos.» Y a pesar de todo, nos hicimos muy buenos amigos.

Ya he comentado que, en el caso de Robert, la ley por la cual un *old boy* es alguien sin relevancia en la vida de Oxford quedó en suspenso. Incluso a los estudiantes, esos fatigados hombres de mundo, les resultaba difícil no sentir un alto grado de curiosidad con respecto a un vulgar visitante de nombre Byron, que había viajado a partes poco conocidas de Grecia, que ya había escrito un libro sobre sus aventuras y que, incluso, había recibido los elogios de parte de los críticos. Solos en nuestras habitaciones, nos dejábamos llevar por una buena dosis de admiración clandestina.

Coincidimos en diferentes ocasiones durante mi carrera universitaria. Nunca quise mostrarlo en la vida urbana de Oxford, pero me sentía honrado y excitado cuando venía a verme. Un día me dijo que estaba recabando material para hacer un trabajo sobre el Este de Europa y que necesitaba leer los libros que había escrito mi padre sobre el Imperio otomano.

A menudo, acostumbraba a venir a mis habitaciones en Peckwater, cuando estaba de visita. Los tres años de diferencia en edad que nos llevábamos causaba una fuerte diferencia. Yo intentaba desesperadamente estar a la altura de su inteligencia y de su humor. A un amigo mío le comenté que yo le caía bien, pero que a veces encontraba mi conversación intolerablemente abstrusa. Le invité una vez a cenar en el «George», en compañía de un griego cuyo inglés era poco mejor que el griego de Byron. Me explicó que era su tutor de griego. Un largo y pálido estudiante se sentó también junto a nosotros. «¿Quién es ese?», preguntó Robert. «Un alemán —le contesté—. Le conozco bien.

Es un hombre muy interesante.» Robert se volvió con un movimiento de hombros hacia su tutor de griego. «¿No aborrece usted a los extranjeros? —le dijo—. ¿No cree que todos, excepto los ingleses y los griegos, se pueden ir al infierno?» El tutor griego asintió educadamente.

En Londres, Robert tenía un piso cerca de Bryans-tont Square, en donde pasé algunas tardes con él. Sabíamos que muchos de nuestros amigos solían reunirse en encuentros respetables y, en ocasiones, no tan respetables, y que nuestra amistad, aunque fuera agradable, no era en sí una parte importante de nuestras vidas. En cualquier caso, la diferencia de nuestras edades pronto se convirtió psicológicamente en algo indiferente. Mi conversación se hizo menos confusa y nos divertíamos inmensamente imaginando las historias de nuestros viajes por el extranjero. El placer de viajar ha sido, durante mucho tiempo, una característica inglesa, pero entre los jóvenes de los años veinte se convirtió en toda una obsesión. Y los dos estábamos obsesionados, aunque no sospechara que para Robert, los viajes al extranjero se convertirían en parte de un inmenso designio de su vida. Era un joven hombre alegre, aparentemente dedicado al placer y dedicado a escribir artículos y libros simplemente como una manera de pasar el tiempo. Raramente hablaba con seriedad sobre sus cosas en mi presencia. Cuando su segundo libro, *Grecia. Viaje al Monte Athos*¹ se publicó, lo leí con sorpresa, al encontrarme con el rigor y la gravedad con la que desplegaba sus planteamientos.

¹ *Grecia. Viaje al Monte Athos*, Almería, Confluencias, 2014. Primera edición original: *The Station*, London, Duckworth, 1928.

En 1931 regresé de Persia y una amistad más perdurable comenzó a nacer. Llegué a Londres a media noche y, teniendo mal la dirección de mi hermana, acabé, después de una larga búsqueda, en el Hotel Savoy. El restaurante estaba cerrado y cuando llegué cerca del hotel, me encontré por la calle a un grupo de amigos. Entre ellos estaba Harold Acton, Desmond Parsons, Jon Sutro y Robert. Mi llegada al hogar fue celebrada con abundantes bebidas en mi habitación. Antes de que se marcharan quedé en comer con Robert al día siguiente, pues quería tener una larga conversación conmigo. Comimos en su club y pasamos la tarde juntos. Me preguntó, si en alguno de mis viajes, yo había alcanzado las fronteras de Asia Central. Le dije que había estado en la estepa turcomana, que técnicamente está en el Asia Central. Me preguntó si había llegado a ver algunas de las grandes torres de ladrillo de gran antigüedad que él conocía. Le describí todas las torres que había visto en Persia, le hice dibujos de ellas y de los relieves en ladrillo que recordaba. Pero no quedé satisfecho.

Me comentó que cuando estuvo en la India, había visto un libro ilustrado con viejas fotografías de edificios asiáticos y que había quedado sorprendido particularmente por lo que parecían unas altas estructuras cilíndricas de ladrillo en el norte de Persia. Una de aquellas torres, libre de toda clase de ornamentos, al menos en una fotografía, parecía ser uno de los edificios más grandes del mundo. Debía de estar en la estepa turcomana y mientras hablábamos en aquella tarde de diciembre, me explicó las razones de su extraña curiosidad. Durante su estancia en la India, de la que

había vuelto el año antes, había estudiado, en la medida en que el tiempo se lo permitía, la arquitectura india. Mientras admiraba muchos de los grandes monumentos musulmanes, sintió que tenían un cierto aire de irrealidad, percibiendo cómo, en muchos de ellos, los impresionantes mármoles y otros materiales de gran belleza, posaban a menudo escondidos, y con cierta sensación de vergüenza. Había sentido una sensación similar observando los monumentos islámicos en Turquía y Egipto. Recuerdo que se refería a fotografías y no a los mismos edificios. Tenía la idea, como otros, de que el ímpetu del arte islámico se había extendido hacia Asia Central y que podrían encontrarse en todos los lugares que había visitado. Pero al estudiar la arquitectura persa se había encontrado con las inesperadas fotografías de las torres de ladrillo. «¿De dónde demonios venían?», dijo.

Al final de nuestra extensa e interesante conversación me encontré con un sentimiento de insatisfacción, pues sentía que mientras había estado en Persia, no había usado mis dotes de observación adecuadamente —dotes de las que, por otra parte, me encontraba muy orgulloso—. Me dijo que el año próximo o el siguiente, esperaba ser capaz de ir a Persia. Quizá, podríamos ir juntos.

Poco después de renovar nuestra amistad descubrí, bastante tardíamente, que Robert era un formidable escritor. Acababa de publicar un pequeño libro llamado *Ensayo sobre la India*.² Había leído una reseña en

² Edición original: *An Essay on India*, London, Routledge revivals, 1931.

El Cairo, camino de casa. La crítica, recuerdo, fue severa. «Aquí tenemos a un joven que se da una vuelta por la India y nos dice lo que piensa. Si estuviera más tiempo pensaría, etc., etc.» Tengo la impresión de que el crítico se había pasado buena parte de su vida en la India y que no hubiera podido escribir un libro mejor sobre este asunto. Cuando lo leo hoy, mi sensación de entonces es la misma que la de ahora: es uno de los mejores libros que se han escrito nunca sobre la India por un inglés. Para mí, entonces como ahora, con un juicio más experimentado acerca de las relaciones de los europeos y los asiáticos, leer este conjunto de observaciones y críticas es una experiencia profundamente excitante. El libro, que he releído a lo largo de los años, continúa teniendo el sello de excelencia. Leer sólo unas pocas frases me evoca un conjunto de recuerdos, sensaciones, imágenes, sonidos y olores del Oriente, vívidamente sentidos antes en mis pensamientos.

Es siempre excitante descubrir que un amigo es algo más que simplemente inteligente, que lo que nosotros asumimos como una cortesía corriente y brillante es, sin embargo, el reflejo de una extraña distinción. En el caso de Robert, el descubrimiento de las dimensiones de su pensamiento y de su carácter, debe de haber sido experimentado por muchos de sus amigos. A pesar de que podía ser el centro de cada reunión, aunque desagradándole, nunca hubo egoísmo ni vanidad en su actitud. En su carrera literaria, aunque no en otros aspectos, fue siempre un hombre muy modesto. Le tomó mucho trabajo mejorar su estilo y perfeccionar su talento literario, pero nunca se consideró

un extraordinario escritor, lo que llegó a ser en su último libro. Jamás se consideró un escritor sobresaliente y cuando entendió que estaba haciendo cosas valiosas, que ningún otro estaba haciendo, su primera reacción fue no tanto de un orgullo más o menos asumible, sino de indignación. Nunca habló de sus escritos con íntima satisfacción. Cuando hablaba de sus libros, lo que no era muy común, lo hacía en referencia a los argumentos. Generalmente asumía, a veces con resultados chistosos, que todo el mundo era tan inteligente como él e incluso mejor educado. Esta modestia contrastaba con sus convicciones por las que mostraba un gran entusiasmo y con el hecho de poder reunirse con amigos bastante analfabetos, que no podían imaginar que hubiera escrito ni un solo libro.

De 1931 en adelante Robert y yo nos vimos con relativa frecuencia, y siempre en momentos muy particulares; ambos éramos esclavos del viaje y hubo grandes intervalos en los que la geografía nos dividía. No obstante, aunque esa invitación, cursada el día después de mi llegada a Inglaterra, de que deberíamos ir juntos a Persia en busca de aquellas torres de ladrillo, no me tentaba mucho en aquel tiempo, finalmente nos llevó a viajar juntos durante todo un año. Fuimos a Persia, Afganistán y la India entre los años 1933 y 1934. El resultado de este viaje fue el mejor y último libro de Robert, *Viaje a Oxiana*.³ Yo soy el señor Christopher que, con frecuencia, se menciona allí. Siempre me sentiré orgulloso de haberle ayudado en la composición de

³ *Viaje a Oxiana*, Barcelona, Península, 2001. Edición original: *The road to Oxiana*, London, MacMillan & Co, 1937.

uno o dos pasajes; y aunque la descripción que hace de mí, impasible ante el terror que se cuenta por ejemplo en la página 260, es un puro libelo, me encuentro infinitamente gozoso de estar cercanamente asociado a uno de los libros clásicos de la literatura de viajes, del arte y de la historia. Leerlo es para mí, adentrarme en la más gozosa de las experiencias de mi vida, disfrutando de las más distintas regiones y personajes en un viaje que me permitió estudiar y estar en la compañía de ese hombre.